

“Híbrido”, la voz de Hispanoamérica en Nueva York

Luis Rivas Rivas *

Cincuenta escritores (narradores, poetas, ensayistas), procedentes de diversos países de habla hispana, se dan cita en el reciente número 11 de la revista neoyorquina “Híbrido”. Diferentes nacionalidades pero notoria afinidad en la idiosincrasia y hasta en la cosmovisión. Sus relatos, ensayos, poemas, confirman el aserto de que las fronteras que separan a nuestros países son artificiales. Aquellos linderos no desmienten la unidad del alma hispanoamericana, pues en ella sólo introducen –algunas veces– sutiles variantes de matiz.

Esta identidad compartida se fortalece entre los hispanos que residen en Estados Unidos, particularmente en quienes padecen los rigores de una política contraria a los inmigrantes latinos. Y la problemática derivada de tal situación genera un filón temático perceptible –o, cuando menos, subyacente– en un sector apreciable del rico material literario que “Híbrido” nos ofrece en cada una de sus entregas.

Frente a una publicación tan pródiga en trabajos de alta calidad literaria, emitir una apreciación global sólo nos permitiría rozar la superficie de medio centenar de textos dignos de análisis. Por eso, como muestra, y como homenaje póstumo, comentamos, esquemáticamente, dos breves relatos de Edgard Mercado, quien falleció trágicamente cuando se preparaba la edición del último número de la revista, en el que se publican sus cuentos *El viajero y el strike* y *Aún estoy allá durmiendo*.

El primero relata la historia de Paulino, personaje mexicano, que trabaja en un restaurante en un lugar cercano a Brooklyn, pero muy lejos de su domicilio. Había una huelga de trenes (“strike”), mas Paulino, pasando mil peripecias, llega a su trabajo. Como siempre, barrió, cambió las bolsas de basura, chequeó las trampas para ratas, trapeó los pisos y limpió las ventanas. Más tarde, aburrido de esperar que llegaran los demás trabajadores, realizó tareas ajenas y bajó a organizar el sótano.

Una hora más tarde, llegó el administrador del restaurante en un taxi que, por la huelga de trenes, le había pagado el dueño del negocio. Disgustado de no encontrar a ningún trabajador, pensaba que él era “el único, el sacrificado que, si fuese necesario, abriría al restaurante y él mismo serviría a los clientes, aunque ya hacía muchos años que atender a las mesas no era una de sus responsabilidades; éste era un trabajo para inmigrantes y no para un ciudadano americano como él”.

Pero, al descubrir que Paulino había llegado antes que él, le sorprendió que un hombre –a quien consideraba ignorante, de escasa remuneración y que no hablaba

bien el español y mucho menos el inglés- hubiese podido concurrir desde tan lejos. Y le preguntó: “¿Cómo has llegado?” La respuesta lo deja estupefacto.

Entre tanto, Paulino, evocando cómo desde niño salió de su humilde villorrio y había recorrido a pie y casi descalzo distancias mayores que las de aquella mañana, se extrañaba de la pregunta de su jefe y se decía a sí mismo: “¿Cómo llegaste aquí?. Qué pregunta. Me levanté temprano y me subí a tres carros diferentes. Caminé desde Queens hasta Manhattan, y después desde Manhattan hasta Brooklyn, y luego caminé hasta aquí. (Porque) qué le digo a mi mujer si no vengo a trabajar y no le mando el dinero ¿Qué hubo un *strike*? ¡Claro que no! Mis hijos ahora tienen cuadernos, hablan bien el español, y están estudiando hasta inglés, dicen. Y yo les seguiré mandando dinero para que nunca tengan que venir acá”.

Como puede advertirse, el telón de fondo de este relato es la atmósfera de prejuicios culturales, sociales, raciales que padece el inmigrante, en tanto que se minimizan su laboriosidad y otras virtudes.

El relato *Aún estoy allá durmiendo* plantea el desgarramiento interior del inmigrante que, de un lado, añora su terruño; pero, del otro, se resiste al retorno porque allá ha establecido lazos fraternos con otros hispanos, hermanados entre sí por sufrir el mismo trato discriminatorio.

El personaje narrador se desdobra en el Yo que emigró y el Yo que se quedó. El Yo que emigró sueña que, de pronto, adquiere la capacidad de volar y decide regresar a su terruño. Y refiere: “Para llegar allá volé sobre este país cuyos habitantes se llaman americanos, ignorando la existencia de otros países en América. Volé sobre México, Centro América, Colombia y finalmente llegué a Perú, a mi amada Lima, donde no tengo que explicar de dónde soy, donde no tengo acento, donde no soy exótico”.

Después de observar todo lo que dejó (familiares, lugares añorados), se enfrenta con su propio Yo (el otro, el que se quedó) que estaba dormido. “¿Por qué te fuiste?”, le pregunta éste. “Porque quería conocer el país de las maravillas”. “¿Y qué encontraste y qué descubriste?” “Encontré una libertad sin derechos. Descubrí que soy de color, que soy minoría, que la injusticia no se ve sólo en nuestro país: es universal, que el país de las maravillas, es una propaganda, una ilusión, una mentira”. “¿Y por qué te quedas allá? ¿Por qué no regresas?” “Porque Yo soy de allá –responde finalmente–, porque adoro ese país imperfecto, y por la gente. Si tú pudieras ver la gente, mis amigos, mi nueva familia”.

Desde luego, estos fragmentos que transcribimos sólo muy pálidamente reflejan el dilema existencial que registran los textos que comentamos.

*Escritor, Profesor Principal de la USAT